LA LLIGA, O EL ENSAYO IMPERIAL DEL NACIONALISMO CATALÁN[1]

Antonio Rivera García

1. *Los fundamentos del imperialismo catalán: progreso y hegemonía.* Este extenso y apasionante libro pretende hacernos comprender el complejo cosmos ideológico del catalanismo de la Lliga Regionalista. Ucelay insiste a lo largo de *El imperialismo catalán* en que nos encontramos ante una derecha moderna que no es tan reaccionaria como se suele decir, si bien puede producir cierta sorpresa que acabe emparentándola con el fascismo. El libro también nos ayuda a comprender algunas de las características principales del catalanismo de todo el siglo XX. No obstante, el autor advierte que el enfoque del catalanismo actual no sirve para entender a la Lliga: el catalanismo desarrollado bajo el largo período de gobierno de Pujol suele distinguir dos tipos de nacionalismo, uno imperialista u opresor y otro de «liberación nacional» (*IC*[2], p. 775), mientras que, según la tesis de Ucelay, el nacionalismo de derechas, el imperialismo de la Lliga, no fue mucho más opresor que el de izquierdas.

Entre los elementos del catalanismo actual que ya se pueden localizar en la Lliga, cabe mencionar, en primer lugar, la *distinción entre nación y Estado*, distinción que encuentra en Prat de la Riba a su primer gran teórico. Para éste, Cataluña es una nación, una realidad cultural, lo cual significa que, mientras España no constituye una nación sino un Estado que alberga un conjunto de nacionalidades, la catalana, castellana, gallego-portuguesa y vasca, Cataluña es algo más: una «unidad cultural». En el fondo, España resulta ser una ficción que puede llegar a morir si antes no recibe savia nueva, savia que, como enseguida veremos, puede ser extraída del ambiguo concepto, casi una metáfora, de «im-

1. A propósito de Ucelay-da Cal, Enric, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003, 1097 pp.
2. Como se trata del libro comentado, todas las citas referidas a *El imperialismo catalán* se indicarán en el interior del artículo con la abreviatura *IC* y la página correspondiente.

perio». Por tanto, para los catalanistas de la Lliga resultaba esencial criticar el mito de la unidad española.

En segundo lugar, la Lliga es el mejor ejemplo que tenemos de *intervencionismo catalán* en los asuntos de España. Como indica Ucelay, estos catalanistas asumieron el reto, lanzado por Maeztu en *Hacia otra España*, de que fueran las nacionalidades más ricas las que dirigieran el país (*IC*, p. 411). El hispanoamericano Rodó, el autor del *Ariel*, resume perfectamente dicho intervencionismo cuando recordaba estas palabras que había oído a un catalanista: «O gobernamos en España o nos separamos de España» (*IC*, p. 648). También refleja esta actitud la novela satírica de Rusiñol de 1914, *Un catalán en la Mancha*, en la que un barcelonés progresista emprendía la reforma de un atrasado pueblo manchego. Dídac Ruiz decía incluso que los catalanes llegarían a ser los «piamonteses de España», unos genuinos unificadores, destinados a ejercer una dictadura espiritual sobre el resto del país. Y un joven discípulo de Cambó, Ferran Sans i Buigas, colaborador de *La Cataluña*, en un texto titulado «Sobre catalanismo estatista», cuyo lema era «por el regionalismo al estatismo», exponía claramente que la resolución de los problemas de Cataluña pasaba por el fortalecimiento del Estado español.

El intervencionismo catalán de principios de siglo, a diferencia del catalanismo posterior, se va a expresar mediante el complejo concepto de *imperio*. Este concepto tenía, para los mismos hombres de la Lliga, una expresión catalana y otra española. De ahí que, como sostiene Ucelay, se tratara en realidad de un *imperium in imperio*. Dentro del marco catalán, imperio pasa a ser sinónimo de «pancatalanismo» y a estar vinculado a la madurez de la nación catalana. La nación, vuelvo a repetir, era entendida como una «unidad cultural», lo suficientemente desarrollada como para pasar a la fase expansiva o imperialista, y, por ende, capaz de extender su cultura por todo el territorio español, gracias a lo cual este último podría reanimarse. En este sentido, Prat escribía en su obra fundamental de 1906, la muy regeneracionista *La nacionalitat catalana*, que «el imperialismo es un aspecto del nacionalismo», «el momento que sigue al de la plenitud de la vida interior». Madurez que, sin embargo, no era dada a todas las naciones, pues «no todos los nacionalismos –agregaba– pueden llegar al gran momento de florecimiento imperialista», y convertirse en naciones-imperios dispuestas a guiar a las demás entidades nacionales (*IC*, p. 200). En consecuencia, era el mayor grado de *progreso* cultural y material alcanzado por la nación catalana el que explicaba su superioridad e imperialismo. El progreso, uno de los grandes principios ilustrados, es el punto –quizá no suficientemente subrayado por Ucelay– que pone de relieve que el imperialismo catalán constituye una de las más típicas manifestaciones del nacionalismo. Pues, del alemán Fichte al español Cánovas, son innumerables los discursos nacionales que justifican la expansión imperial basándose en el mayor progreso alcanzado por una nación[3].

3. En el siguiente fragmento se puede comprobar cómo el imperialista discurso sobre la nación de Cánovas se fundamenta sobre el mayor progreso de las naciones civilizadas: «Pero las naciones

Por todo ello, desde el punto de vista catalán, debemos hablar de un *imperialismo nacional*, esto es, del imperialismo de la nación peninsular más avanzada, si bien Ucelay rebaja la contundencia de esta fórmula, y prefiere hablar a menudo de imperialismo de la sociedad civil. Por eso mismo señala que «la fórmula catalanista era la supremacía de las sociedades civiles sobre los Estados» (*IC*, p. 531), lo cual tan sólo es otra forma más suave de afirmar la supremacía de la nación catalana sobre el Estado español.

Dentro del marco español, el *imperio* aparecerá, en el imaginario de los hombres de la Lliga, como el concepto que permite suturar esa variedad de nacionalidades que componen España. Desde este segundo punto de vista, nos encontramos ante un *imperialismo estatal* que supone, en el fondo, una nueva articulación federal o confederal del territorio español. A este respecto, Prat no olvidaba decir que la función del nacionalismo catalán también consistía en despertar las fuerzas dormidas de todos los pueblos españoles e, incluso, ibéricos. Si el futuro era favorable, no era una utopía pensar en incorporar a Portugal. Igualmente, Francesc Cambó opinaba, recogiendo el reto lanzado por Ortega y Gasset, que el iberismo era el único ideal colectivo que podía vertebrar o estructurar a España, si bien sólo con una organización federativa se podría convencer a Portugal para que ingresara en una gran comunidad de pueblos peninsulares[4]. Por otro lado, el Prat iberista pensaba en un imperialismo moderno que, a diferencia del *salvaje* de Oriente y el *cultural* de Grecia, constituía un imperialismo integral: «dominar –escribía Prat– por la fuerza de la cultura, servida y sostenida por la fuerza material, es el imperialismo moderno, el imperialismo integral, el de las grandes razas fuertes de ahora» (*IC*, p. 202). En realidad, el catalanismo pretendía con este *imperialismo estatal* asegurar, primero, la división dual –el bilateralismo– de España; y, después, la división regional de la parte española, con el objeto de garantizar que todo poder estatal, y en especial el del ejército, nunca se utilizara contra Cataluña (*IC*, p. 509). Mas, aunque resulta evidente que la «unidad cultural» catalana debía «potenciar los regionalismos fraternos» (*IC*, p. 530), y que incluso era beneficioso para la propia Cataluña regenerar a los restantes pueblos españoles, se trataba de un imperialismo marcado por la *hegemonía* catalana. Así, en opinión de Cambó, «una vez reconocida la personalidad de todas las nacionalidades españolas, [...] habrá una lucha por la hegemonía», y la nacionalidad que sea «la más rica y la más cultivada, que tenga mayor voluntad y mayor inteligencia», «será también quien impondrá su

cultas y progresivas indudablemente tienen que cumplir la misión divina de extender su propia cultura, y plantear por donde quiera el progreso, educando, elevando, perfeccionando al ser individuo, al hombre, por la Providencia nombrado rey de la creación» (CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio, *Discurso sobre la nación. Ateneo de Madrid, 6 de noviembre de 1882*, Madrid, 1997, p. 126). Asimismo, la lucha de la nación por la hegemonía acaba siendo tan descarnada como la teoría darwiniana: «Diríase que, reflexiva y ordenadamente, se está ahora realizando a nuestra vista la selección entre las naciones, y aun entre las razas, como para demostrar que la lucha por la vida ni puede atañer sólo a los entes irracionales, ni termina nunca con ese u otro nombre entre los humanos» (*Ibidem*, p. 124).

4. CAMBÓ, Francesc, *Por la concordia*, Madrid, 1986, p. 106.

manera de ver a España entera» (*IC*, p. 439). Incluso el Cambó de los años de la dictadura de Primo de Rivera, el catalanista que abogaba por la concordia entre castellanos y catalanes, seguía estimando que el gran error histórico de Cataluña había consistido en renunciar voluntariamente, allá en el siglo XIII con Jaime I, a ser la primera potencia peninsular.[5] Este Cambó, aunque reconocía que ya no era posible una política asimilista, que ya no cabía pensar en la hegemonía de Castilla o de Cataluña, seguía creyendo en la legitimidad de la «asimilación por superación», la cual «se produce cuando un pueblo de cultura superior domina y absorbe a otro de inferior grado de cultura». Es más, para el político catalán, «un pueblo puede defenderse de intentos semejantes, pero no tiene derecho a protestar mientras no se produzca la coacción que impida a la cultura propia igualar las excelencias de la cultura invasora»[6]. Por eso, el problema histórico del espíritu asimilista castellano no radicaba en la «adhesión al hecho hegemónico», sino en el uso de una ineficaz política que pretendía asfixiar el hecho diferencial catalán[7], cuya primera expresión era la lengua.

En suma, el nacionalismo conservador de la Lliga apelaba, con el propósito de hacer efectivo el hecho diferencial de Cataluña en el plano político e institucional, al mayor progreso y a la hegemonía cultural y material alcanzados por esta nación, esto es, a los dos fundamentos del imperialismo moderno, que, como sabían Prat y Cánovas, no era más que la última fase del nacionalismo.

Para hacer realidad la doble vertiente, nacional y estatal, del concepto de imperio, las dos figuras más importantes de la Lliga se repartieron los papeles: Prat era el hombre de la política local, el presidente de la Diputación de Barcelona y, más tarde, de la Mancomunitat, mientras que Cambó[8] se convertía en el representante de la Lliga en Madrid, en el encargado de lograr la proyección hispánica del catalanismo. Cambó, que a juicio de Alcalá Zamora pretendía

5. Esta tesis de Cambó aparece dentro del breve libro *Por la concordia* en el contexto de la crítica a un Rovira y Virgili, que por esta época, en 1922, ya se había separado de la Lliga para fundar *Acció Catalana*, una versión más radical del catalanismo que la propugnada por la Lliga. Para Rovira, el vínculo federal de Cataluña con España no era natural porque la segunda estaba orientada hacia el Atlántico o el Estrecho, mientras que la primera lo estaba hacia el Mediterráneo, y por ello los catalanes debían vincularse con los verdaderos países latinos y mediterráneos. De ahí que Virgili viera todo un acierto en la cesión del reino de Murcia por el rey Jaime I al rey de Castilla. Cambó sostenía, sin embargo, que tal cesión, y lo que ello implicaba, olvidar España, fue un error porque «la única política sensata que podía y debía seguir Cataluña era la de extender cuanto fuese posible su soberanía, su población y su lengua dentro de España» (CAMBÓ, Francesc, *Por la concordia...*, p. 39).
6. *Ibidem*, p. 53.
7. «El espíritu asimilista –escribe Cambó– tiene hoy más de aversión al hecho diferencial *que molesta*, que de adhesión al hecho hegemónico; es más una repugnancia a la afirmación catalana, que un amor a la unidad y a la grandeza española, a base exclusivamente castellana» (*Ibidem*, p. 80).
8. El regionalismo francés de Barrès y Maurras influyeron de forma decisiva en Cambó. Según Ucelay, tanto en Cambó como en D'Ors cabe apreciar una mezcla del individualismo y optimismo de Emerson y Carlyle con el pesimismo antiurbano del *culte du moi* barresiano (*IC*, p. 432). Asimismo, gracias a la lección barresiana acerca de la interacción entre la identidad de la patria de nacimiento y el gran estado nacional, Cambó pudo actualizar el doble patriotismo de los catalanes de la segunda mitad del XIX (*IC*, p. 450).

ser algo tan imposible como Bolívar de Cataluña y Bismarck de España, debía ayudar a resolver la situación española, pero sin indignar a los seguidores catalanistas y su defensa regionalista. De ahí que las reivindicaciones nacionalistas de la Lliga fueran a la postre compatibles con la colaboración en la política estatal; cooperación que alcanzó su mayor grado durante los Gobiernos de Maura de 1918, con Ventosa y Cambó en los significativos ministerios de Fomento y Abastos, y de 1921.

A primera vista, la intención del catalanismo de la Lliga parece plausible, ya que, por un lado, pretendía que la supremacía social, cultural y económica de Cataluña tuviera una manifestación política; y, por otro, como no era separatista, quería lograr una nueva articulación del Estado español que reconociera la variedad de las nacionalidades hispánicas. Tiene razón Ucelay cuando escribe que «en Barcelona, el imperialismo recordaba la neta superioridad de la sociedad catalana, como foco industrial y urbanizado, a la España agraria y a Madrid, como foco parasitario dependiente del Estado»; mientras que, en Madrid, «la promoción del imperio abría las manos catalanas en invitación de pacto para realizar una nueva *España grande*» (*IC*, p. 529). Ahora bien, estos objetivos chocaban con dos dificultades prácticamente insuperables. En primer lugar, el objetivo de transformar el Estado liberal español en un imperio suponía una meta muy difícil de alcanzar porque los catalanistas no podían tener, «de manera sencilla, una mayoría política española» (*IC*, pp. 45-46). La derrota de los partidos dinásticos en Cataluña resultaba insuficiente para lograr la anhelada autonomía y hacer realidad una política intervencionista mientras los diputados favorables al catalanismo fueran una minoría en las Cortes españolas. El problema es que la Lliga nunca consiguió, a pesar de los intentos de Solidaritat y, años más tarde, en 1931, del Centro Constitucional, formar un partido regionalista de alcance estatal. Por otra parte, la expansión *pancatalanista*, basada siempre en una cultura nacional que se sustentaba sobre la lengua catalana, se contradecía «con la mayoría de formulaciones españolistas, que miraban con enfermiza suspicacia todo uso lingüístico oficioso que no se ejerciera en castellano» (*IC*, p. 440). En segundo lugar, la Lliga utilizaba un concepto, el de imperio, que difícilmente podía ser aceptado por la izquierda, a pesar de su intento inicial, cuya manifestación más evidente fue *Solidaritat*, de unir a todo el espectro catalanista[9]. Se trataba de un concepto que, tras la Primera Guerra Mundial, tan sólo va a ser reivindicado por la extrema derecha, como de alguna manera refleja el epílogo de este libro.

9. La invención de *Solidaritat Catalana* fue el fruto del esfuerzo de Prat por hacer posible un diálogo entre la derecha y la izquierda republicana; diálogo que, como escribe Ucelay, era la «fórmula ideal del republicanismo francés de la época» (*IC*, p. 266). La *Solidaritat*, el movimiento catalán que logró agrupar a integristas, carlistas, republicanos y nacionalistas, y que contó incluso con el apoyo de Salmerón, fue, en el fondo, el primer intento de la Lliga de extender por España el mensaje regionalista (*IC*, pp. 405-406).

Ucelay ha explicado muy bien por qué los hombres de la Lliga hacen uso de este concepto tan ambiguo de «imperio»[10]. Desde luego, en la base del imperialismo catalán se encontraban otros conceptos afines, como el de *Països Catalans*, acuñado en 1876 por el valenciano Benvigut Oliver, y que pretendía englobar a todos los territorios de habla catalana, o el concepto de *pancatalanismo* del barcelonés Josep Pijoan, quien hacía uso de él en un artículo donde apelaba a la reconstrucción de la histórica Corona de Aragón bajo la hegemonía catalana (*IC*, p. 186), sin olvidar la expresión utilizada por Prat, a imagen de Gran Bretaña, de *Greater Catalonia* (*IC*, p. 191). Pero si los hombres de la Lliga acuden a la fórmula imperial es debido a que, con el nacimiento del nuevo siglo, se cree asistir a un declinar de los Estados pequeños y al nacimiento de federaciones complejas o de imperios. Lo cierto es que, antes de la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los grandes Estados europeos eran en algún sentido «imperios». Los catalanistas de la Lliga pensaban que, en un escenario imperial como el de la época, un Estado pequeño, la propia Cataluña una vez separada de España, estaría a merced de sus vecinos mayores. Por eso, aunque lo natural –según Prat– fuera que cada nación se convirtiera en Estado, en este contexto histórico de principios del siglo XX, contrario a los micro-Estados y favorable a Estados cada vez más complejos, Cataluña gozaría de mayor independencia en el seno de un gran Estado o imperio, como España, pero regido por la nacionalidad más fuerte, esto es, por la misma Cataluña (*IC*, p. 201). Para la Lliga, la única manera de resolver la contradicción entre nacionalismo y cosmopolitismo era a través del Estado compuesto o de la federación de Estados nacionales. Por eso, la versión asimétrica del federalismo constituía, según el Prat de *La Nacionalidad catalana*, la más apropiada para los imperios o reinos que, como el español, estaban integrados por nacionalidades que habían alcanzado distintos grados de progreso.

Cambó trató de convertir el imperialismo de Prat, que como vemos todavía está lleno de referencias federales, en un programa político concreto, tomando para ello como ejemplo los imperios anteriores a la guerra del 14. El dualismo del imperio austrohúngaro, el imperio alemán con su equilibrio entre Prusia y Baviera o el imperio británico, aunque sin olvidar la importancia del imperio estadounidense, pues Teddy Roosevelt era una figura admirada por todos los catalanistas de la Lliga, constituían los modelos más citados. El dualismo confederal austrohúngaro garantizaba, según Ucelay, que la esfera pública catalana fuera «estatalizada sin mayor interferencia castellana, mientras que los representantes catalanes podrían intervenir a gusto en los asuntos comunes del nuevo imperio hispano» (*IC*, p. 530). El imperialismo federal alemán tenía el principal atractivo de que se trataba de un Estado sustentado sobre el equilibrio entre Prusia y Baviera, equilibrio más aparente que real, pues en el fondo la pri-

10. Sobre la ambigüedad de este concepto, Ucelay reconoce que «el concepto de *imperio*, especialmente vinculado a un ideal de *unidad cultural* aplicable o ejercible a más de un nivel, cualquiera se lo podía apropiar para sus propios fines» (*IC*, p. 815).

mera ostentaba la hegemonía (*IC*, p. 490 y p. 530). El mayor interés del modelo británico consistía en que se trataba de un Estado imperial que combinaba «la naturaleza confederal (sin la bipolaridad) del caso austrohúngaro y el sentido federalizante del caso alemán con la absoluta preeminencia del elemento civil sobre el militar» (*IC*, p. 511). El ejemplo británico también había sido ensalzado por el propio Prat, quien llegó a declarar: «hagamos como los ingleses con su *Greater Britannia* [...], hablemos de la Cataluña grande [...]. Valencia y Mallorca y el Principado y el Rosellón todos a la vez» (*IC*, p. 198). Asimismo, la inserción de Canadá dentro del Imperio británico podía verse como una fórmula a imitar por una Cataluña siempre a la búsqueda de un nuevo encaje dentro del Estado español, si bien esta comparación tenía el problema de que el imperialismo británico impedía toda disensión interna y auténtica autonomía. Por lo demás, el colonialismo y el militarismo, a los que estaban unidos la mayoría de estos imperios contemporáneos, dificultaban la aplicación de dichos modelos a Cataluña.

Más allá de estos ejemplos contemporáneos, Ucelay ha demostrado que, en el catalanismo de la Lliga, pero, en general, en la cultura catalana del siglo XX, la influencia del pensamiento anglosajón resulta decisiva. Esto nos permite comprender la intensa recepción del imperialismo de Teddy Roosevelt, de la filosofía escocesa del *common sense*, la cual podía ser vista en relación con el *seny* o el *sentit comú*, considerado por algunos como la filosofía nacional de Cataluña (*IC*, p. 357), pero también la recepción del particularismo del sureño Calhoun[11], de la ética del trabajo de Franklin, del pragmatismo de James (*IC*, p. 371), con su interés por conciliar idealismo y empirismo, teoría y praxis, y, sobre todo, del individualismo angloamericano o –en palabras de Prat– del «salvaje individualismo» encarnado en el héroe de Carlyle y en el genio de Emerson, esto es, en el *hombre de carácter* con su gran confianza en sí mismo[12]. Según Ucelay, este pensamiento anglosajón, que exalta al individuo emprendedor, era compatible con la persecución del bien común de la nación (*IC*, p. 356), conducía a una mayor autonomía política (*IC*, p. 366), y, a diferencia del individualismo krausista, no sentía desconfianza hacia los empresarios (*IC*, p. 368).

Pues bien, tal individualismo, resultaba, a juicio de los hombres de la Lliga, afín a la sociedad civil o nación catalana, la cual, por su indiscutible superioridad, debía hacer evidente su hegemonía y desempeñar una función directiva en relación con el corrompido y decadente Estado español de la Restauración.

11. A pesar de que el catalanismo era abolicionista, Calhoum fue bien recibido por la defensa que éste hacía del hecho diferencial y del veto particularista. Ucelay añade que el catalanismo recogería el programa social libertador del Norte estadounidense y el esquema particularista del Sur (*IC*, p. 342).
12. Sobre el americano, Prat había escrito: «No puedo leer a Emerson [...] sin sentir sus palabras, vibrantes de salvaje individualismo, como otras tantas fórmulas vivas de nacionalismo, de imperialismo [...]. Sé tú mismo. No imites, no busques en los otros, busca dentro de ti [...]. Piensa que tú eres el centro de las cosas» (*IC*, p. 362). La exaltación del espíritu anglosajón siempre estaba tamizada por la influencia francesa, como pone de relieve el hecho de que conocieran a los anglosajones a través de un francés como Taine (*IC*, p. 349).

Ucelay sostiene en su libro que estas fuentes angloamericanas explican por qué el *imperialismo catalán* es el de una sociedad civil, y por qué no tenía nada que ver «con las pretensiones aristocráticas que tanto abundaban todavía en la Europa anterior a 1914». Por el contrario, «se reivindicaba el imperio desde la unidad cultural catalana y desde la fuerza de su urbanidad empresarial y asociativa, netamente burguesa» (*IC*, p. 370). Hasta tal punto penetró el pensamiento norteamericano en el catalanismo, que Ucelay recoge un fragmento de la obra de Prat que puede parecer sorprendente en una época como la nuestra, en la que todos somos europeístas; fragmento que, desde luego, se alejaba definitivamente de ese gran federalista, europeísta e *intervencionista* que fue Pi y Margall: «Seamos americanos. Eduquémonos en América y a la americana. Nada de europeizarse» (*IC*, p. 363). Palabras que, en mi opinión, constituyen un buen reflejo de la confusión y, a la postre, desorientación de la Lliga, que lo mismo acudía a los americanos, que a los muy europeos modelos imperiales austrohúngaro y alemán, o a los reaccionarios franceses.

Carlyle y Emerson, asociados por los catalanistas de la Lliga –en una vena claramente finisecular– a Nietzsche (*IC*, p. 362), son pensadores que, por su defensa del individualismo y del hombre de carácter que no teme la lucha, suelen ser vinculados a ese nacionalismo hegemónico que es, en realidad, el imperialismo. Sin embargo, a veces da la impresión de que Ucelay olvida la clara diferencia que existe entre el imperialismo moderno o nacionalista, el sustentado sobre los principios de progreso y hegemonía, y el federalismo, cuya exaltación del progreso no se vincula a un ideario imperialista o hegemónico. En bastantes ocasiones el autor del libro tiende a identificar con el imperialismo cualquier defensa de valores universales, cosmopolitas o federales. Ucelay considera que todos los catalanistas, sean de derechas o de izquierdas, son en la práctica, aunque traten de ocultarlo, imperialistas: «la percepción de una imprescindible salida *imperial* para Cataluña [...] fue un argumento –con todos sus matices– que el catalanismo nunca acabó de abandonar» (*IC*, p. 810). Éste es el caso de Pi y Sunyer, cuya referencia al medieval imperio mediterráneo de Cataluña, para explicar que «los catalanes no menosprecian el sentimiento universalista», invalida, a juicio de Ucelay, su firme posición antiimperialista. En concreto, Pi y Sunyer había escrito en 1938, en la *Revista de Catalunya*, que la nueva España de la República debía construir una nación sin acudir a la «ideología de cuño imperial» porque, desde el punto de vista político, el universalismo imperialista, en el sentido contemporáneo, no representaba una modalidad de federalismo («estructura o régimen de convivencia dentro de la ley común de diversidades derivadas de la extensión territorial»), sino «un pensamiento hegemónico exclusivo, y la voluntad de poder y dominio, y por eso –concluía– tanto le importa, para alcanzar sus fines, valerse de cualquier tipo de mercenarios». En cierto modo, con estas palabras se desvelaban los principales fallos del *erróneo* imperialismo de la Lliga. Es decir, Sunyer criticaba a un imperialismo que estaba unido indefectiblemente a la idea de hegemonía, y que, para alcanzar este fin, estaba dispuesto a valerse de cualquier medio («mercenario»), es decir, a ser tan accidentalista, si hablamos del tipo de régimen político, o tan neutral,

si hablamos de la religión, como era la Lliga. En cambio, Ucelay minusvalora esta clara diferencia entre los catalanistas conservadores y Sunyer cuando dice que «si el *imperio* era bueno y republicano, si en vez de *imperio* se llamaba República, entonces, no había problema y menos si reconocía la memoria histórica auspiciada por el catalanismo» (*IC*, p. 811)[13].

Vuelvo a reiterar que la clave para entender la política imperial consiste en la estrecha vinculación establecida entre progreso y hegemonía, de modo que el imperialismo implica la lucha por la hegemonía entre nacionalidades que han alcanzado distinto grado de progreso. Aunque Ucelay no explicite esta tesis, sí cita un artículo del nacionalista mallorquín Miquel Oliver i Tolrà, titulado «El problema catalán, ¿Particularismo o hegemonía?», en el que se expone claramente esta síntesis de progreso y hegemonía en que consiste el imperialismo. En dicho artículo, Oliver expresa que Cataluña debe imitar la historia de Castilla y ser imperialista. Por eso, debe difundir «su propia esencia por el mundo» y «dar su propia estructura a cuanto les rodea», pues «para que una idea triunfe [...] es necesario sacarla fuera e imponerla [...] Los pueblos que, moralmente, sólo viven a la defensiva acaban por ser conquistados. La mejor defensiva consiste en extender, en invadir, en penetrar, en fecundar». De ahí que deba imponer su hegemonía sobre el resto de los pueblos españoles: «La gran política de Cataluña debe consistir, principalmente, en hacerse grande de una manera integral [...] que el brillo de su cultura se imponga con tal fuerza de atracción, que el centro dinámico de los pueblos españoles [...] caiga, lentamente, lentamente hacia acá. [...] venimos ya obligados a dar continua muestra del distintivo esencial de los fuertes: la benevolencia humana» (*IC*, p. 267). Pero, además, este programa imperialista de benevolencia humana, de llevar la cultura de la nación más fuerte a las atrasadas regiones españolas, se fundamenta en el mayor progreso de Cataluña («que aquí –escribe en el mismo artículo– no ha habido tal decadencia, sino progreso, y no sólo se ha recuperado la distancia perdida, sino que el avance ha sido notorio hasta ponerse a la cabeza de España en la multitud de aspectos de la civilización.»). Sin embargo, Ucelay utiliza este artículo para alabar la posición de Oliver, quien, en comparación con Gener, «retrocedió de la posición de arrogante alarde de superioridad catalana», y comprendió que «la promesa catalana era nada más y nada menos que el progreso». Pero difícilmente esto se puede considerar un mérito, ya que, desde Fichte, sabemos que la política expansionista o de hegemonía de los nacionalistas siempre se ha escudado en el progreso.

2. *Más allá del tradicionalismo catalán: sobre las afinidades electivas entre el imperialismo catalán y el fascismo español.* El eslabón que permite explicar el paso del federalismo pimargalliano al imperialismo de la Lliga es el particularismo de

13. De forma similar, Ucelay critica al socialista Campalans, al dirigente de la aliada de ERC, Unió Socialista, por su poco sincera defensa de los nacionalismos libertadores frente a los autoritarios e imperialistas. El autor de *El imperialismo catalán* insiste en que «los socialistas catalanes redundaron en los mismos conceptos, dando la vuelta al discurso imperial de Cambó» (*IC*, p. 835).

Valentí Almirall, el precursor, según Prat, del nacionalismo catalán. Este catalanista fue seguidor de Pi y Margall hasta el fracaso de la I República, momento en el que muestra abiertamente sus divergencias con Pi, tanto en relación con la cuestión social, pues Almirall pensaba que la burguesía, y no el pueblo, debía ser la fuerza impulsora del catalanismo, como en relación con el federalismo, dado que Almirall se irá alejando paulatinamente del radicalismo anarquista de su maestro, del carácter artificial e insurreccional de las nacionalidades, creadas a partir del contrato sinalagmático de abajo arriba, y se irá acercando a una visión organicista o natural del origen de las nacionalidades. Lo cual no obsta para que Almirall siguiera criticando el regionalismo conservador, ruralista y reaccionario que había surgido al amparo de la Renaixença catalana.

La fórmula de este nacionalista, *lo particularisme*, aparece expuesta en su obra *Lo catalanisme*. Se trataba de una nueva versión del federalismo, más cercana a la realidad orgánica que defendían los regionalistas, y menos radical en la defensa del republicanismo[14]. Como ha señalado Ucelay, el particularismo de Almirall era una fórmula política *accidentalista*, válida tanto dentro de una república como de una monarquía, que, a semejanza del imperio austrohúngaro, reducía la complejidad federal a dualismo. Mas «de los dos miembros –añadía Almirall en *Lo catalanisme*– el formado por la parte castellana de la Península se conservaría unificado y tan concentrado como quisiese, mientras que el formado por la parte aragonesa se organizaría partiendo de la base particularista, y reconocería la personalidad de las grandes regiones bien marcadas que lo componen»[15]. Aunque Almirall mostraba en algunos textos una cierta indiferencia por el destino de las demás regiones españolas[16], también es verdad que en su obra podemos encontrar el germen del intervencionismo catalán, pues opinaba que la regeneración del Estado español resultaba imposible si el grupo pirenaico, dentro del cual formaba parte Cataluña, no compartía con el central-meridional la dirección de España[17]. Esta última tesis pone de manifiesto que Almirall todavía no era un imperialista, pues, en lugar de hablar de la hegemonía catalana, tan sólo

14. La mezcla de federalismo y reconocimiento orgánico de la realidad natural resulta evidente en este fragmento: «El particularismo es [...] la consagración de todas las variedades naturales y legítimas [...]. Dentro de cada nación o pueblo consagra la personalidad de cada grupo o variedad que lo componen. La consagración de las variedades es la negación de la identidad, y el ideal del particularismo, por consiguiente no es la unidad política y social de la humanidad, sino [...] la hermandad, la armonía entre el mayor número posible de miembros con facultades y aptitudes variadas» (Cit. en Solé Tura, Jordi, *Catalanismo y revolución burguesa*, Madrid, 1974, p. 111).
15. Cit. en *ibidem*, p. 110.
16. En *Regionalisme i particularisme*, Almirall acentuaba esta indiferencia con respecto a las demás regiones: «Seamos regionalistas, pero no miremos más que a nuestra región [...]. Ha de sernos perfectamente indiferente que las demás regiones que se encuentran en condiciones parecidas a la nuestra quieran o no recobrarla» (Cit. en *ibidem*, p. 112).
17. En *España tal cual es* afirma que la regeneración de España exigía anular «la preponderancia y la dominación exclusiva del grupo central-meridional, obligándole a compartirla con el grupo pirenaico»; y en *Lo catalanisme* escribía: «Sólo serviremos para la vida pública si algún día, metiéndose de lleno el Renacimiento en el terreno político-social, consigue influir en la marcha general de la nación» (Cit. en *ibidem*, pp. 116-117).

aspiraba a que la periferia *compartiera* responsabilidades políticas, y participara de este modo en el Gobierno de España.

No obstante, el influjo de Almirall en la Lliga resulta evidente cuando analizamos la política de concordia entre castellanos y catalanes que defendía Cambó en los años veinte. En su conferencia de 1923, y posterior libro de 1927, sobre este tema, el líder de la Lliga en Madrid ya no insiste tanto en la hegemonía catalana y se contenta con lograr el reconocimiento de las dos bases esenciales del hecho diferencial catalán: la unidad, por un lado, de Cataluña mediante la creación de un organismo central que englobara a todo este territorio, esto es, la constitución de una Generalitat, a la cual ya se había acercado de alguna manera, a pesar de su carácter administrativo y no político, la Mancomunitat de los años anteriores a la dictadura; y, por otro, el reconocimiento definitivo de la lengua catalana como lengua propia de los catalanes. Pero esta realidad diferencial, insistía Cambó en la línea accidentalista de Almirall, era posible tanto dentro de una España monárquica como republicana, tanto en el interior de una España federal como en el de una España unitaria que reconociera la excepción catalana[18].

La conexión de la Lliga con Almirall fortalece la tesis de Ucelay de que la fórmula imperial era un «criterio de modernidad burguesa» (*IC*, p. 802). El autor de *El imperialismo catalán* se aparta así de aquellos historiadores que ven en la Lliga un simple movimiento reaccionario, e insiste en que el *imperio* de los catalanistas conservadores pretendía ser una idea moderna y original. En contra de la acusación de la izquierda (*IC*, p. 375), la Lliga ofrecía este concepto para que España se adaptara al signo de los tiempos, pues de ninguna manera quería volver al austracismo foralista de los reaccionarios. Para Prat, ya no tenía sentido resucitar el imperio de Carlos V, ni, aún menos, la Cataluña medieval: era plenamente consciente de las deficiencias de la Corona de Aragón, la cual ni siquiera había sido capaz de ofrecer un único Parlamento para todos los reinos que integraban dicha Corona. Pese a todo, el ideario político de la Lliga, aparte de su conexión con el federalismo decimonónico a través de Almirall, tenía algunos puntos en común con el tradicionalismo foralista de los carlistas o legitimistas, y, en especial, con el de Vázquez de Mella. Ciertamente, como explica Ucelay, el tradicionalismo integrista de un Ramón Nocedal se hallaba en las antípodas de la Lliga, pero no del carlismo, no de Mella. Este último veía

18. A pesar de su accidentalismo, Cambó escribe, bajo la dictadura, que una monarquía podía contribuir más a la solución armónica del pleito de Cataluña que una república: «Un rey que pusiera la fuerza de su prestigio tradicional enfrente del espíritu asimilista castellano, haría incluso fácil la solución del problema de Cataluña». No obstante, reconoce que «mi intento de asociar la Monarquía a la gran obra de la solución armónica del problema catalán no fue precisamente acompañado por la fortuna» (Cambó, Francesc, *Por la concordia...*, p. 84). Con respecto a la articulación o vertebración de Cataluña en España, dice lo siguiente: «Puede Cataluña ser una excepción dentro del régimen general de España, o puede ser pieza de un sistema aplicado a todo el Estado español» (*Ibidem*, p. 90).

con alguna simpatía a ese nacionalismo regionalista que, si bien implicaba un separatismo nacional, de ninguna manera propugnaba la secesión política[19].

El imperio catalán de la Lliga también se alejaba del catalanismo católico tradicionalista, esto es, del *pairalisme* o del *vigatanisme* de *La Veu de Montserrat*, la revista ultracatólica de Vic, pues, en primer lugar, no ensalzaba la Cataluña rural y medieval, y, en cambio, reconocía el papel central de Barcelona, de quien decía Prat que era «inmensa rueda maestra de la nacionalidad»; y, en segundo lugar, tampoco convertía la religión católica en la clave para entender la «unidad cultural» catalana. El centro de esta unidad era sobre todo la lengua, y no la religión, y mucho menos la raza.

Los dos grandes representantes del catalanismo tradicionalista habían sido Mañé y Flaquer y el obispo Torras y Bages. El *regionalismo* del primero se hallaba cercano al fuerismo carlista. Su carácter netamente contrarrevolucionario resultaba evidente cuando leemos el siguiente fragmento: «Hemos fundado –escribía– el provincialismo en el espíritu conservador, que es la defensa, es la resistencia, que la organización cristiana, político-social de la Edad Media, opone a la conquista revolucionaria, a la corriente panteísta que lanzó contra la sociedad europea el Renacimiento pagano»[20]. Influido por la Escuela Histórica alemana, con Savigny a la cabeza, ensalzaba el *Volkgeist*, presente sobre todo en el derecho civil consuetudinario, y el organicismo medieval, mientras que condenaba la modernidad que, desde el Renacimiento hasta el siglo XIX, pasando por la Ilustración, con su librecambio, cosmopolitismo y parlamentarismo se había alejado de la dignidad y libertades medievales, del «gobierno representativo de nuestros mayores». Por esta razón, por alejarse del tradicionalismo corporativista, criticaba duramente al regionalismo federal o particularismo de Valentí Almirall. En opinión de Mañé, Almirall no hacía más que vaciar a Cataluña de su sustancia histórica, y sustituir el Parlamento de España por el de Cataluña, haciendo «tabla rasa en nuestras instituciones y tradicionales costumbres»[21].

También Torras y Bages se caracteriza por defender un tradicionalismo cuya esencia se hallaba en la defensa del catolicismo, el elemento realmente integrador del pueblo catalán. Su obra *La tradició catalana* de 1892 fue escrita como réplica a *Lo Catalanisme* de Almirall, y en ella sostenía que «Catalunya será cristiana o no será». Todas las tradiciones catalanas eran, según este obispo, cristianas: la familia, la propiedad de la tierra, el ennoblecimiento del hombre por el

19. Vázquez de Mella rechazaba el *nacionalismo regional* que consideraba las regiones como sustancias completas, y defendía, en cambio, el regionalismo que, a pesar de su particularismo, veía las regiones como sustancias incompletas. No obstante, dentro del nacionalismo regional, distinguía entre un nacionalismo regional que implicaba separatismo nacional y político, y un nacionalismo regional que, aun implicando un separatismo nacional, seguía afirmando la unidad política. Si bien rechazaba los dos, no condenaba a este segundo que era el propio de la Lliga (*IC*, p. 397), pues, para Mella, resultaba imprescindible el apoyo del catalanismo. Por otra parte, como buen tradicionalista, temía el poder del Estado moderno, y por eso decía que la sociedad civil cohesionada por la unidad religiosa frenaría la fuerza omnímoda del Estado (*IC*, p. 399).
20. Cit. en Solé Tura, Jordi, *Catalanismo y revolución burguesa...*, p. 73.
21. *Ibidem*, p. 77.

trabajo, el carácter supletorio del derecho canónico, la circunstancia de que la herejía no hubiera penetrado en territorio catalán o incluso el folclore, todo, en suma, estaba afectado por el espíritu cristiano. Es más, Torras, firme defensor de la enseñanza y predicación en catalán, señalaba que la misma religión era regionalista, capaz de adaptarse a cada lugar, y que el sacerdote tenía «la divina misión de hacer pueblos». Asimismo, este tradicionalismo estaba unido a los núcleos rurales: en ellos, en contraste con la vida moderna y pagana de las ciudades, era posible llevar una vida virtuosa y cristiana. Pero también era inseparable de la Cataluña de la Edad Media, del período regionalista por excelencia. Tal era la época en la que se desconocía la antinomia entre autoridad y libertad que, en opinión de Torras, caracteriza a la anticristiana época moderna, la que iniciada con el Renacimiento pagano, uniformista y absolutista, continuaba con la revolución jacobina, y alcanzaba su máxima expresión con el socialismo decimonónico. Al igual que Mañé, Torras, como enemigo de la modernidad, unía el tradicionalismo al espíritu contrarrevolucionario. El principio revolucionario por excelencia, la igualdad, era el más lejano del principio fundamental del regionalismo, la diversidad. Por eso juzgaba que, entre las principales causas de la revolución, se encontraba el hecho de que las elites se hubieran alejado del espíritu de la «región» y se hubieran hecho absolutistas y centralistas. La revolución, guiada por una oligarquía jacobina, secularizadora y centralista, negaba el derecho histórico o foral que era el auténticamente regional. Torras también prefería la monarquía de los Austrias, más imbuidos del espíritu medieval, a la de los Borbones: pensaba que la España del Siglo de Oro fue «una verdadera federación de naciones», y por eso «los catalanes estaban muy contentos con el emperador Carlos V»; mientras que la España de los Borbones rompió completamente con el orden corporativo, rural y cristiano. Desde el punto de vista político, Torras coincide con Mañé en la necesidad de imponer el gobierno corporativo, el cual permitiría hacer compatible una autoridad fuerte con la representación de los distintos cuerpos intermedios, y en la necesidad de abolir el parlamentarismo moderno, el sufragio universal, el principio mayoritario, e incluso los partidos políticos, pues la misma Lliga nunca dejó de ser, para Torras i Bages, un mal menor (*IC*, p. 383). En suma, se trataba de un tradicionalismo cristiano, contrarrevolucionario, antimoderno y rural, que, como ya señalara Solé Tura, cometía el error de ignorar el elemento más dinámico de Cataluña, el centro mercantil e industrial de Barcelona.

Está claro que tanto el tradicionalismo español como el catalán convertían a la religión católica, apostólica y romana en su principal fundamento. Sin embargo, según Ucelay, el catalanismo político, desde su aparición en los años 80, nunca quiso convertirse en escudero de la Iglesia. Es verdad, no obstante, que el catalanismo de la Lliga siempre fue muy ambiguo, en la medida que buscaba la confluencia de todos y mezclaba no sólo elementos regionalistas y nacionalistas, sino también republicanos y dinásticos, liberales y conservadores. La misma idea de imperio armonizaba de alguna manera elementos tradicionales y modernos. Aunque el nacionalismo catalán no fuera tan tradicionalista y religioso como el vasco, Prat siempre estuvo dispuesto –nos advierte Ucelay– a

aprovechar la imagen de fidelidad religiosa de los catalanistas, si bien el peso católico se concentraba en el tejido social, en sociedades religiosas del tipo de la Lliga Espiritista, y no en el partido político, el cual, sin embargo, seguía defendiendo la neutralidad religiosa y la pluralidad de la sociedad civil (*IC*, p. 384). En contra del radicalismo de derechas, Prat sostenía que el dogma era lo más genuino de la Iglesia, mientras que lo más propio de la política era lo circunstancial, la relatividad (*IC*, p. 386). Sólo de este modo la Lliga podía aparecer como un «partido bisagra» entre católicos y republicanos, ultramontanos y anticlericales, esto es, como el gran partido catalanista por el que ya abogaba Almirall. Ucelay nos dice que, para Prat, en una Cataluña libre cabía cualquier opción religiosa, pues la identidad confesional era un criterio privado que no servía para crear la identidad nacional. Esto explica por qué la Lliga defendió en 1908, junto a los republicanos solidarios y algunos lerrouxistas, que en el Ayuntamiento de Barcelona se impusiera la enseñanza municipal mixta, y, en consecuencia, que el aprendizaje religioso tuviera carácter voluntario (*IC*, p. 388) y se impartiera fuera del horario escolar. Cambó compartía esta posición, y por este motivo equiparó la intolerancia católica a la demagogia de las izquierdas. Este criterio, consistente en defender que todos los credos y principios cabían dentro del catalanismo, hacía inevitable que el catolicismo militante atacara a la Lliga (*IC*, p. 389)[22].

Ucelay ha insistido a lo largo del libro en el carácter burgués y respetable de esta «nueva derecha» que representa el catalanismo de la Lliga[23]. Por eso, más que de imperialismo nacional, que siempre está unido a la poco defendible idea de la hegemonía, prefiere hablar del imperialismo de la sociedad civil y subraya, como acabamos de ver, las profundas diferencias que separan al catalanismo imperial del tradicionalismo. Pero es que, además, en el nacionalismo catalán el discurso racista parece haber tenido un papel marginal. De ahí el abismo que se abre entre el nacionalismo de un Prat de la Riba y el de un Sabino Arana. Es verdad que podían encontrarse en Cataluña algunos ejemplos de discurso racista, como el de Peius Gener, el del médico Robert[24] o el del veterinario Rossell, pero la superioridad catalana solía reflejarse sobre todo en su cultura, cuya esencia es la lengua y no la etnia. Ucelay sostiene incluso que la tentación racista fue más propia de la izquierda del catalanismo que de la derecha, la cual estaba enganchada a criterios dogmáticos católicos (*IC*, p. 290). De todos modos, aunque no haya racismo, aunque la superioridad catalana no se fundamente en

22. Por ejemplo, el integrista Corbató sostenía que el catalanismo partía del supuesto herético de que la religión debe separarse de la política (*IC*, p. 393).
23. En este sentido, escribe Ucelay que «era una *nueva derecha*, rebosante de pulsaciones de cambio, por mucho que tales no concordaran con la ortodoxia de las izquierdas contemporáneas, los republicanos y los obreristas» (*IC*, p. 266).
24. Veamos algunos ejemplos del racismo catalán. Peius Gener escribía: «quisiéramos organizar Cataluña conforme al carácter que nos da la raza, el clima, la vegetación, la situación geográfica y las altas tradiciones de las edades pasadas» (*IC*, p. 274.) Y el doctor Robert decía que el factor orgánico, representado por la raza, es el factor prioritario de un pueblo (*IC*, p. 287).

un análisis biológico de la etnia, sí hay un evidente desprecio del inmigrante[25], del foráneo, en algunos catalanistas conservadores, como es el caso de Eugeni D'Ors, el destacado crítico del modernismo y defensor del novecentismo, que es el tercer gran protagonista del libro de Ucelay. En concreto, Xenius estaba preocupado porque la famosa «unidad cultural» catalana peligrara con la avalancha de inmigrantes que recibía Cataluña a comienzos del siglo XX[26]. Para evitar este peligro proponía una tesis que nos sitúa muy cerca del racismo, lo que él denominaba «un proteccionismo de raza», es decir, una política de selección de las oleadas inmigratorias, inspirada en algunos puntos por las políticas de inmigración norteamericanas. Incluso pensaba que esta tarea debía ser asumida por el sindicalismo nacionalista, con el objeto de impedir que, por la invasión de inmigrantes, descendiera el nivel de los trabajadores catalanes.

Del imperialismo cultural de Eugeni D'Ors, al que dedica gran importancia Ucelay[27], también es preciso subrayar el hecho de que proponga una versión antiliberal de imperio, cuando en muchas ocasiones se suele identificar el imperialismo, particularmente el británico y estadounidense, como la culminación de la política liberal. Quizá también en el origen del antiliberalismo orsiano se encuentra la influencia de reaccionarios franceses como Barrès y, sobre todo, Maurras. Sobre este asunto decía D'Ors que mientras el liberalismo representaba el individualismo atomístico, el Estado gendarme o los horrores de la libre concurrencia, el imperialismo representaba, por el contrario, la socialización, el estado educativo o la justicia social. Incluso de Teddy Roosevelt extraía una gran lección antiliberal: en el presidente norteamericano veía al gran genio que obligaba a los ricos y grandes empresarios a ponerse al servicio de la causa nacional-imperial (*IC*, p. 596). Desde luego, este imperialismo antiliberal no se encuentra lejos del imperialismo falangista o del que, aunque parezca contradictorio, encontramos en *Defensa de la Hispanidad*, pues, como se recordará, nada más ajeno al imperio español defendido por Maeztu que el imperialismo individualista y liberal norteamericano.

25. Frente al inmigrante, el nacionalismo catalán ofrecía dos realidades de signo muy diverso: por una parte, una realidad vedada al de fuera, la Cataluña como una «sociedad de familias» basada en el apoyo mutuo empresarial; por otra, se intentaba, a través de la *Penya*, asimilar a los emigrantes, con la única condición de que debían aprender la lengua (*IC*, pp. 297-298).

26. «Pacientemente –señalaba D'Ors–, heroicamente, elevamos cada día a la libertad, a la educación civil, a la conciencia nacional, un determinado fondo del pueblo: lo modelamos en ciudadanía. Pero al día siguiente [...] nuestra construcción está deshecha [...]. Un proteccionismo de raza así, ¿no sería legítima defensa en nosotros?» (*IC*, p. 590).

27. Entre los epígonos de Xenius cabe destacar a Jaume Bofill i Mates, quien en su conferencia *Classicisme nacional* resume el ideario imperial orsiano. Declaraba Bofill en esta conferencia, tras subrayar que el imperialismo es tarea de la nación y no del Estado, que de la misma manera que el hombre completo siente afección por el proselitismo, la nación fuerte siente afección por el imperialismo. Éste sólo ha de llegar, por lo demás, cuando «haya una gran cultura y una gran fuerza.» (*IC*, p. 586). Bofill concluía, en la línea orsiana, diciendo que el imperialismo no humilla porque es aceptado voluntariamente, «no pretende la conquista material, sino la hegemonía espiritual» (*IC*, p. 587).

Por eso no debe sorprender que el libro acabe analizando el traspaso de la idea imperial desde el catalanismo a la extrema derecha y, en concreto, al fascismo español. En cierto modo, el propio D'Ors, con su deserción en 1921 del catalanismo, con su paso del nacionalismo, fundado en la unidad cultural catalana, a la defensa de la «unidad de la cultura», señala la nueva trayectoria que ha de tomar el concepto de imperio. Durante su etapa española, Eugenio D'Ors no sólo afirmará la incompatibilidad de cultura y nación, sino que llegará a profetizar la muerte de las naciones[28]. Para D'Ors, como advierte Ucelay, lo sustantivo era la cultura, mientras que lo adjetivo era la nación, de modo que resultaba imprescindible subordinar lo político a la actividad cultural. Durante la Guerra Civil llegará a escribir que *imperio* es el nombre de una «creación esencial de Cultura, y, por consiguiente, de redención, en exorcismo contra un producto de Natura, de pecado por ende, es decir, la Nación. Pienso que en el Imperio se redimen las Naciones, como los hijos de Eva y herederos de su mancha, en el bautismo» (*IC*, p. 617). El orsiano y antiliberal «imperio de la cultura» estaba ya muy lejos del imperio burgués que propugnara la Lliga a comienzos de siglo.

Las últimas páginas de este extenso libro contienen la atrevida tesis y algo contradictoria de que «el falangismo bebió de fuentes catalanistas» (*IC*, p. 816). En opinión de Ucelay, «las especulaciones fascistas en el catalanismo», sobre todo evidentes en el medio juvenil lligaire de los años veinte, pero sin olvidar que Barrès y Maurras ya están presentes en Prat, Cambó y D'Ors, «se tradujeron al ámbito español por ósmosis» (*IC*, p. 821). La influencia catalana sobre la Falange puede resultar más evidente si tenemos en cuenta que, al iniciarse la República, en 1931, el único partido que se definía como imperialista era la Lliga (*IC*, p. 822)[29]. De ahí que el autor del libro se esfuerce en desvelar los puntos de contacto, que no son tantos como pretende, de los principales líderes o intelectuales falangistas con el catalanismo de la Lliga. Aunque la conexión de D'Ors con Primo de Rivera, o la del vanguardista Giménez Caballero con Cambó, parezca demostrar la influencia catalana, Ucelay reconoce, no obstante, que ni el catalanismo supo ver en el falangismo a uno de sus herederos ideológicos, ni los hombres de la Falange quisieron reconocer en el nacionalismo catalán uno de sus antecedentes. El hecho de que el «falangismo inicial» se definiera como

28. «Pero, si la Nación no ha existido siempre, es que puede dejar del mismo modo de tener existencia. Si las Naciones han nacido, pueden morir. De hecho, algo hay en la conciencia contemporánea que nos persuade de que esta muerte no va a tardar mucho en llegar. Cada día se habla más de entidades sobrenacionales, existentes o proyectadas: de Ligas de Naciones, de Federaciones internacionales, de Paneuropas, de Imperios, de Anficcionías, de Ecúmeno, de Humanidad» (*IC*, p. 616).

29. Según Ucelay, «la posibilidad de que una mayoría de los cuadros intelectuales fundacionales del falangismo hubieran tenido, cada uno por su cuenta, una relación privilegiada con el nacionalismo catalán es, por fuerza, más que una coincidencia» (*IC*, p. 850). Y añade: «[...] hay que mirar el silencioso y silenciado diálogo entre el catalanismo conservador y el españolismo que surgió desde que Prat de la Riba empezó con su evolución ideológica y Cambó y D'Ors codificaron su mensaje *imperialista*. Tal influencia –y sobre todo tal resultado– no interesaba a ninguna de las partes desvelar. La inopia era mucho más fácil y mucho más cómoda» (*IC*, p. 851).

imperialista y negara ser un partido nacionalista (*IC*, p. 822), pone de manifiesto que el fascismo español no está tan cerca, como piensa Ucelay, de Prat y de los suyos, pues recordemos que para éstos el imperialismo era el resultado inevitable del nacionalismo triunfante. En cualquier caso, el libro de Ucelay nos permite comprender por qué, en contraste con el tradicionalismo católico, sea catalán o español, el imperialismo catalán y el fascismo español son los hijos más *modernos* del pensamiento conservador español.